

mesmo, hágalo usted como quiera... ú haga de mí carrá de sereña, que sería lo mejor, ¡coles!» Así lo deciden. Callan, y de repente pregunta el hijo: «¿Qué decía *ese hombre* de salir á la mar?»—El viejo contesta: «Nada; quiere salir en la barquía.»—El Josco: «¡Guena ocasión ¡coles!»—El Lebrato: «¿Pa qué, Pedro Juan?»—El Josco: «¡Pa echale con un canto al pescuezo!»

El viejo entra en la casa; el Josco, desde la puerta, ve pasar á Pilara que vuelve del huerto con sus padres. La moza va quedando á la zaga, y se detiene, cuando Pedro Juan hace intención de salir á su encuentro; pero sin fuerzas para tanto, grita: «¡Buenas noches!» y entra furioso, haciendo rebotar la puerta con estrépito. Ella, sonriente y pesadosa, dirigiéndose hacia el pueblo murmura: «¡Tendré que decirlo yo!»

#### Acto segundo.

Habitación con ventana en el fondo. Junto á la ventana, una mesa con tintero, papeles, plumas, libros y cartapacios: todo escaso y roñoso. A la derecha una puerta que conduce á la sala y otra al comedor: entre las dos puertas un armario empotrado en la pared. A la izquierda, la puerta que conduce á la escalera, y otra por donde se va á la cocina.

El Berrugo, en mangas de camisa, con un horcón entre las manos, acaba de amparar, con una laña muy bien puesta, una punta resentida. Entra don Elías por la puerta de la escalera, con camisa limpia, corbata de lunares y sombrero bueno, asomándole de un bolsillo unos papelotes. Al verle don Baltasar, plántase, apoyado en el horcón, ante el visitante, y le corta el saludo con esta frase: —«Pues, ¿quién desea morirse aquí, sin que yo lo sepa?» Don Elías, excusándose, trata de

justificar su visita, y le anuncia «que puede importarle» un asunto que piensa proponerle. Socarrón, como de costumbre, D. Baltasar escucha distraído, al parecer, y agarra de la conversación todo lo que le conviene; responde con agrias cuchufletas, que unas veces encubren su interés y otras destapan su desprecio, y es tirano y afable á un tiempo con el pobrete, que para hacerse oír exprime su mollera y suda hi-les.

«Si don Baltasar le hiciera el favor de oírle»... Bueno; hasta oírle llega, porque «siempre se halla dispuesto á conceder cuanto se le pida, no siendo dinero, que para sí lo quisiera él».

Descartado lo esencial, empieza el discurso de Don Elías, que lo toma de lejos. Habla de su miseria, de que no le pagan... y hasta se burlan cuando lo pide. «Deberle al médico no es pecado, ¡gasta levita! ¡Ignoran que no hay maldición que pese tanto como la levita de los pobres» El Berrugo le ataja, y el médico entra de lleno en el asunto del molino. Cuentas galanas; produce un dineral. ¿Y el molino? Allí lo lleva, en aquellos papeles: presupuestos, planos, todo. ¿Y el dinero? «¡Esa es la negra!» Y tanto, como que tenía la pretensión de sacárselo... al Berrugo. Pero, alentado por éste, continúa diciendo cómo funcionará el molino... Y una frase *casual*; «oliscar tesoros», lleva las divagaciones á su punto: «Ya que salió la palabra—pregunta Don Baltasar—¿qué opina usted de los tesoros enterrados? ¿Cree usted que hay los que se dice?» ¡Buena tecla le tocó al médico! Sabe del tesoro más que mortal viviente, y el Berrugo trabaja por arrancárselo; el charlatán se defiende; pero á sorbos, confiesa. Lo dice todo, todo su delirio en una noche de hambre: las apariciones de

su difunta hermana, el fantástico paseo por las Pozas, el tanteo en tierra firme, la consulta con la miserable adivina «que llegó á la puerta de su casa pidiendo limosna», y las mil garambainas que amontona en su locura el infeliz. El Berrugo, que no ha perdido una sílaba de lo que pudiera convenirle, termina el diálogo socarronamente, con estas palabras:—«Le prometo á usted que han de ser para construir ese molino los primeros tres mil duros que yo desentierre con las noticias que usted acaba de darme». (En el capítulo IX de la novela se hallan todas las frases que forman este interesantísimo y gracioso diálogo.)

Entra Inés, ya compuesta y aseada; el médico la saluda. ¡Qué guapetona se pone la niña! Precisamente, habrá ocasión de probar lo que vale una muchacha en Robleces.—«¿A santo de qué?» pregunta la hija del Berrugo, y don Elías responde:—«A santo de que llegó á Nubloso un forastero, ¡con unos lujos y unos despilfarros! Nadie sabe aún cómo se llama, ni de dónde viene. Trae dislocadas á las mozas, y mis hijas andan ya de coronilla para averiguar qué motivo le atracó á estas costas. Pero nada, ¡ni esto! Sólo se le transparenta la fortuna, que será de órdago». Y D. Baltasar interviene, diciendo:—«Pues, duro con él, amigo; suéltele V. sus cuatro galgas, y, con una que haga presa en el indiano, ¡para que necesita V. molinos, quebraderos de cabeza, ni...»

Se presenta luego La Galusa, y D. Elías tiende la mano á D. Baltasar, comprometiéndole á tratar del asunto del molino en otra ocasión. El Berrugo le dice:—«Mientras no me pida V. dinero, que no lo hay en casa, paciencia para oírle me sobra».

Y al salir el médico se cruza con Marco-

nes; el cual se retira con Inés á la mesa del fondo, preparando cartapacios y libros para la escritura y lecciones del día. Quedan solos, en primer término, el Berrugo y La Galusa, hablando en voz baja. D. Baltasar extraña la transformación de Inés. ¿Por qué se peripone y lavotea? ¿Por qué se ha vuelto limpia y hacendosa?—«Todo eso que se ve y otro tanto es obra del dimoño del muchacho»—responde la criada. Y principian los engatusamientos. Parece mentira lo que vale aquel sobrino que Dios la dió. Lo que tiene aprendido y lo que supo enseñar. Y salen á colación historias viejas. Cierta que á Marcos no se le da un sueldo por sus lecciones, pero nadie le llamó, y bien pagado está con dádivas y socialinas de otros tiempos; de modo que no espere que se le agradezcan las enseñanzas:—«Mírame los colmillos—dice Don Baltasar á La Galusa, terminando su filípica.—¿Ves qué retorcidos están?... Por si habías soñado jincarme los tuyos en parte blanda con el memorial de la sabiduría del zángano...

La Galusa comprende que su amo, á quien tuvo muy sujeto cuando era más joven, se le ha escapado, y necesita de otras mañas para vencerle; por maldad no queda.

Don Baltasar, después de soltarle unas frescas, entra en la sala, y Marcones deja escribiendo á Inés, y se acerca pausadamente á La Galusa. Esta le confía sus inquietudes: aquel hombre no es el mismo de antes para ella. ¡Qué otra cosa era en aquellos días de la difunta, y hasta en algunos más cercanos! ¡Cómo la contemplaba el endino y le buscaba el gusto! ¡Cómo le abajaba los humos al arrastrao y qué blando la miraba!... ¿En qué consisten esos cambios?—«En que desde la difunta (razona Marcones) han pasado muchos años, tía, y con los años, que todo lo consu-

men, van cambiando las personas hasta en la estampa.»

Es preciso apresurar el asunto cautelosamente: ¡golpe á la hija... que quiera ó que no! Porque si de ella no sale, no hay otra puerta á donde llamar. Y apuntan las confidencias. Todo va como una seda. La Galusa debe avivar el fuego cuando el mocetón se marcha. ¡Bien lo hace! A pesar de todo, Marcones desconfía; teme haber espabilado mucho el entendimiento de su discípula, que se aficiona demasiado á discurrir por su propia cuenta...

La Galusa, para dejarle mayor libertad, entra en la cocina, y quedan solos. Inés, con la pluma en la mano, sin levantar la cabeza, muy afanosa en sus palotes y rasgos, y Marcones acercándose á ella, y viendo cómo escribe.

—«No es así, no es así... ¡No encoger los dedos ni emplear los cinco! Tres nada más. Los otros dos apoyan la mano. A ver si me ha entendido... ¡Tampoco es así!» (Marcones agarra la mano de Inés para colocar bien la pluma entre los dedos).—«Adelante con ella, sin miedo!» (En la nueva posición, clava la pluma, y no sabe seguir el trazo, ni bien ni mal. Marcones le agarra de nuevo la mano, conduciéndola en un rasgueo).—«¡Bien suelta la muñeca!... ¡En el aire todo el brazo desde el codo!... ¡Que vaya la mano por donde quiera yo llevarla!... ¡Eso es!»—«¡Aprieta mucho!»

Suspenden la escritura y cogen la gramática. En todo halla Marcones pretextos para insinuarse ó excederse. Aprovechando una oportunidad, se coloca detrás de Inés y le pone delante de los ojos el cuaderno, de manera que todo su pechazo se apoya sobre Inés y sus brazos la envuelven. Luego descansan.

«Todo se irá sabiendo, con buena voluntad de su parte, y enseñándoselo yo... ¿Quién me hubiera dicho que debía enderezar por la senda del saber á una discípula tan... ¡Vamos! que nadie sabe cómo vienen las cosas... ¡El destino de las criaturas!...»

Y enjareta un discurso *al respetive* de la situación. «...Un obstáculo que le aparta de su camino...» «¡El hombre! ¡frágil barro!...» «Además del sacerdocio, hay estados perfectos».

A punto de tomar las primeras órdenes, momento solemne y crítico: ¿no es cosa de preocuparse? Pero aún puede, si las circunstancias le apuran, elegir entre la Iglesia y... *otra cosa*.

Inés oye al seminarista, que la contempla con los ojos encendidos. Hay un silencio, en el cual palpitan las tentaciones del bribón. Ella pregunta sencillamente: «Dígame: ¿qué viene á ser un obispo?»—«Un obispo es... como un cura que asciende á coronel».—«No iba yo por ahí (riendo el chiste del otro). Quiero saber lo que hace, qué honores tiene... vamos...»—«Un obispo manda en todo el clero de una provincia, y es así como el *amo* en su diócesis; todos le respetan como á una persona... santa».—«¡Qué suerte para usted, si llegase á obispo! ¡Cuánto me alegraría!»

Un jarro de agua. Entra D. Alejo, y la muchacha corre á buscar á su padre; quedan solos el cura y el seminarista; éste muy sofocado y silencioso.

—«¿Estás enfermo? ¿qué te pasa?» le pregunta el anciano, y el mozo se altera como si le clavasen banderillas. Pero el cura insiste; se propone hacerle una pregunta. Dicen que anda en aquella casa, empeñado en una obra de misericordia... —«¡Falso!»—interrumpe Marcones.—«¿Qué, hombre, qué?»—«¡Todo

el supuesto!»—«Corriente; pero me respondes, antes de que te pregunte. Dices que andas enseñando la doctrina á cierto feligrés mío, que siempre fué duro de pelar: el dueño de esta casa.»

Marcones piensa un poco lo que debe decir, y luego afirma rotundamente: «No es verdad».

Si no es verdad aquello, es posible que lo sea lo otro. También dicen si trocó su vocación de sacerdote por la de yerno de don Baltasar...—«¡Falso! ¡falso!» gruñe Marcones, como sacudiéndose; y D. Alejo, conservando su calma, le hace notar que si el primer propósito era noble, no dejaba de serlo el segundo. Marcones brama contra los que le calumnian... por envidia.—«¿Envidia? Y ¿de qué?—«De... muchas cosas». El cura le desengaña de todo suavemente.

Y entra D. Baltasar. El cura le recuerda que días antes, el pobre Chiscón le pidió unos cuartos... Entonces le parecieron duras las condiciones del Berrugo, pero ya se aviene á todo; en cama, sin poderse mover, su familia con hambre... Firmará lo que se le diga, tomando lo que se le dé.

Su hija le trae la chaqueta y el sombrero, y se van por la escalera el cura y el Berrugo. Inés, acercándose á la mesa, pregunta: «¿Seguimos?»—«Como usted quiera»—responde su maestro, cabizbajo y triste. La moza lo repara, y advierte: «Le veo preocupado».—«Inés, por caridad; no ahonde usted en estos pesares míos».—«Pesares, tan de pronto? .. no entiendo».—«Tan de pronto, sí. Camina un hombre ciego por el mundo, y es feliz con su ceguera; pero viene uno y le abre los ojos, y le hace ver lo que no veía»... Ella curiosa, y él amorosamente lastimado, se deslizan hasta la situación culminante:—«Acaso el señor

cura le dijo alguna cosa...»—«Precisamente: D. Alejo puso la mano en la llaga. Yo no había pensado nunca en ello, y sentí el dolor... un dolor tan grande, tan... Porque no cambia un hombre su vida, sin peligros, porque al arrancar el árbol, se rompen muchas raíces»...—«Cada vez lo entiendo menos. ¿Tan grave fué lo que le dijo el señor cura?»—«Tan grave que... ¿Sería preferible morir! ¡Oh! La muerte... Hay suplicios morales más dolorosos que la muerte».—«¿Qué ideas tan tristes, Marcos!»—«Perdóneme. No tengo derecho á molestar con mis lamentaciones; pero sentí de pronto la herida, y no pude contenerme. ¡Perdón!»—«¿Por qué? Lo que usted dice no agravia, pero no lo entiendo. Me parece que se queja usted de algo... de alguien. Si eso le consuela... quéjese usted mucho más. A veces, á fuerza de quejarse, parece que se apaciguan los dolores... Yo siento solamente...»—«¿Qué?»—«Siento verle sufrir».—«¿De veras?»—«Por qué no? Antes, nunca reparaba en lo que sucedía cerca de mí. Ahora, mi corazón despierta, y todo me conmueve.»

Asoma La Galusa con un cántaro, avisando que se va por agua. Junto á la puerta cambian de impresiones la tía y el sobrino. Este dice: «Todo lo saben ya; estamos descubiertos».—«Pues aprovecha la ocasión: ahora ó nunca».—«Y V., ¿no hace nada por mí?»—«Te dejo sólo con ella».—«Por miedo».—«Así, aunque te salga mal, yo quedo siempre á la mira. Evito que me culpen también».—«Es verdad».—«Anda hijo, y no desperdicies el tiempo.»

La Galusa desaparece por la escalera, y Marcones vuelve á Inés, insistiendo. Pero la moza piensa en sus estudios: «¿Acabamos ahora mi lección?» «¿Su lección!»—exclama el maestro—¿para qué seguirla? Esto era un or-

gullo para mí; en adelante sería un martirio.»—«¿Se ha puesto malo de pronto?»—  
«Inés.—Yo necesito decirla cuatro palabras. ¿Me quiere V. oír esas cuatro palabras?»

La muchacha se turba, pero le autoriza para explicarse, ignorando aún de qué se trata. Marcones recuerda lo que antes habló: el obstáculo, el tropiezo, el destino de las criaturas; y añade: la codicia de cosas imposibles, la conciencia honrada, que no le permite seguir sus lecciones... Ella no adivina... ¡Oh! si lo adivinara de repente, no fuera indispensable una explicación... dolorosa... «El tropiezo, el obstáculo, mejor dicho, el imán poderoso, la fuerza que le arrastra lejos de su camino, deteniéndole allí... allí... en aquella casa.» Pero Inés tampoco le comprende, y va siendo necesario clarearse más, decirlo con todos los puntos y comas: ya no sirve para sacerdote...» Más claro aún. «El tropiezo, el imán, la fuerza que le arrojó de su camino, la luz que le descubre su vocación verdadera, todo junto está en aquella casa»; en un carño inmenso, inspirado por Inés.

La pobre criatura siente, oye con espanto la confesión del seminarista, el cual sigue, amagando y guardándose á un tiempo: «Esto ha de quedar entre nosotros, como en el fondo de una sepultura. Usted está muy arriba, yo muy bajo; usted es muy hermosa... yo valgo muy poco, y por el ropaje que visto y las ciencias que he cursado, hasta parecen crímenes en mí estos sentimientos. No tengo un sólo título para merecerla, y me parece poco todo mi corazón para adorarla. Olvídeme usted, discúlpeme como pueda, y no me niegue ahora el perdón que, de rodillas, la pido».

Se arrodilla, cogiéndola una mano. Inés, emocionada por la inquietud y el abatimiento

del galán, murmura dulcemente:—«¿Qué hace usted? Marcos, por Dios, tranquilícese.»—  
«No quise ofenderla. Compadézcase usted, perdóneme... Dígame que me oye...»

Inés, levantándose, avanza; Marcones poniéndose de pie, con viveza, la sigue. Confusa y aturdida, sintiendo al hombre cerca, su pobre corazón desfallece—«Sí, le oigo, le oigo, pero no sé... no esperaba... Quiere marcharse... no volver... no darme lecciones... Acaso tenga razón... Para discurrir estas cosas... necesitábamos estar más tranquilos... Vuelva usted mañana y hablaremos... Ahora... Déjeme usted... Hasta mañana... ¿verdad?»

Marcones quiere aprovecharse de aquella turbación, y acercándose mucho á Inés, consigue que sus miradas, atrayendo las de su víctima, la sujeten, fascinándola, obligándola á poner sus ojos en los ojos que la devoran ya.—«Esto es darme una esperanza... Esto es decirme... que no estoy loco... Es mi dicha. ¡Inés! No me oculte sus ojos... En su fuego me abraso... Ya soy feliz...»

Ella, no sabiendo cómo defenderse, le suplica: «Déjeme ahora, por caridad...»

¡Caridad una feroz alimaña! El dice triunfando:—«No me voy, no me voy. ¡Aunque me costara la vida!»

Y cuando Inés, ya no sabe resistir la violencia del hombre, ni la teme acaso; cuando las traiciones de la voluptuosidad invaden su espíritu inocente, llega Pilara, la redención, y su presencia evita una infamia—  
«¡Inés! ¡Inés!»

Despierta; corre, y en los brazos de su amiga, llora.—«¡Pobre criatura; llora, pero no tus faltas, que ninguna cometiste. Lloro por la maldad inicua de los miserables que te rodean!»

Marcos grita furioso:—«¿A qué vienes?»